

El retorno del pseudo- comunismo en los países de E. Oriental

NO sabemos si por el mal sabor que están dejando —no siempre— las aventuras democráticas de los países del ex bloque en el uso de su libertad recobrada, pero es un hecho que las sucesivas elecciones de Rusia, Belarus (Bielorrusia), Bulgaria, Polonia, Hungría, etc., se observan en Occidente con una cierta alarma, como si el hundido comunismo, cargándose nuevamente de razón, volviera por sus fueros.

En efecto, en Bulgaria tiene el Partido Socialista Búlgaro (antiguo partido único) mayoría absoluta (125 de 240 escaños) habiendo mejorado sus posiciones desde 1991 (106), con el 43 por 100 de votos populares; mayoría relativa también en Rumania a la espera de lo que el próximo septiembre decidan de nuevo los electores; en Bielorrusia con la mayoría parlamentaria comunista de 1990, se vive una situación de especial perplejidad al no haberse podido cubrir 240 de los 360 diputados, lo que hace que siga en el poder sorprendentemente la línea dura de los comunistas que ya no existe ni siquiera en Rusia; algo parecido ocurre en Ucrania, donde por dificultades electorales técnicas los comunistas,

aunque muy suavizados, tienen momentáneamente una amplísima mayoría de 86 sobre los 125 que se han podido cubrir de un total de 170; o en Hungría, donde el vuelco hacia los antiguos comunistas ha sido espectacular, pasando de los 33 a que quedaron reducidos en la euforia liberacionista de 1990 a la recuperación de 209 escaños de un total de 386 previstos en la Constitución reformada de 1989.

Los más llamativos éxitos neocomunistas se han dado en Polonia (última semana de noviembre de 1995) en la que el ex comunista Alexander Kwasniewski desplazó de la presidencia al mítico Lech Walesa (v. RAZÓN Y FE, enero 1996) y, finalmente, Rusia, donde en las elecciones de diciembre el partido comunista de Zyuganov ganó claramente lo que estaba en juego arrebatando un tercio cumplido de la Duma (151 escaños de un total de 450).

PERO de una lectura demasiado directa de estos datos no se pueden sacar fantasmas del pasado. En el fondo de todos estos resultados está la desilusión que el modelo occidental, aplicado sin anestesia, ha cosechado en las tendencias políticas de esos pueblos. Ciertamente, la transformación de esos países a la democracia y a la economía de mercado está resultando laboriosa, pero además de los estrictos resultados electorales está poniendo de manifiesto que no se cambia de mentalidad como de camisa y que 40 años de régimen comunista (en Rusia hasta '70) han dejado honda huella en los comportamientos, por no hablar ya de los caracteres peculiares de esos países. Y sobre todo, estos retornos al pasado proceden casi siempre de un descontento elemental y primitivo de las masas, atentas tan sólo, comprensiblemente, a la posibilidad de supervivencia que se refleja en los precios al consumo. Para muchos de estos decepcionados aquel era un mal orden, pero al fin y al cabo un orden.

Hay que abandonar, sin embargo, las generalizaciones para examinar cada caso y no extrapolar ideas o miedos preconcebidos. La revolución del 89 fue un cambio

*irreversible. Más, fue una caída violenta con múltiples fracturas que cuesta reducir. Lo que ahora se nos presenta es un fenómeno nuevo, enteramente inédito: la tarea de transformar **rápidamente** el despotismo en democracia (es decir, lo que la Revolución Francesa consiguió para Francia en el curso de casi un siglo y con frecuentes retrocesos involutivos, factor que suele olvidarse o no tenerse en cuenta).*

Status quaestionis

ASÍ pues, cada uno de los países de Europa Occidental —y Rusia muy en concreto—, están demostrando a su modo cuál es su verdadera distancia hasta la democracia. De menos a más, puede decirse que:

1. La antigua Checoslovaquia (hoy **República Checa** y **Eslovaquia**) y **Hungría** han tenido un camino relativamente fácil al haber reencontrado aquel mismo basamento socio-cultural en el que desarrolló la democratización de todos los territorios del Imperio Austro-Húngaro ya desde 1919. En ninguno de los tres países es fácil encontrar hoy alguna huella de involución, y menos en sentido doctrinario, a pesar de que en Hungría y Eslovaquia gobiernan antiguos «*apparatchiki*» comunistas con gran mayoría (Gyula Horn, Meciar). Vale la pena observar, a mayor abundamiento, que en Hungría las encuestas dan sólo un 20 por 100 de nostálgicos del comunismo, y aún menos en Eslovaquia.
2. Con mayoría comunista provisional y fuerte tendencia reunificadora hacia Rusia, **Bielorrusia** —que nunca quiso la **independencia** ni hizo campaña por ella, ha votado en referéndum la restauración de la bandera soviética propia pero, significativamente, **sin la hoz y el martillo**. Sin embargo, el actual presidente Lukaschenko reintroduce los antiguos libros de texto soviéticos, acusando de tendenciosos los recientemente utilizados.
3. La permanencia en el poder de los comunistas de **Bulgaria** y **Rumanía** responde más a inercias no superadas que a retrocesos involutivos. En la situación general de ambas naciones —más bien rural y poco industrializada—

influye mucho el miedo al cambio. Más vale malo conocido que bueno por conocer.

4. **Polonia** está decididamente en la línea occidental. La elección de Kwasniewski, antiguo hombre del partido, no va a suponer ningún retroceso en la línea ideológica. Las primeras declaraciones del nuevo presidente indican sobradamente que está muy avisado, y que a nadie interesa crear en Polonia una situación martirial. Y por si fuera poco, tan sólo un 8 por 100 recuerda con nostalgia el poder comunista.

5. **Rusia.** Es un caso diferente. La situación de inseguridad e inestabilidad gubernamental es de tal orden que el número de los nostálgicos está creciendo. Los sondeos de opinión hechos a raíz de las elecciones generales de diciembre muestran que aproximadamente un tercio quisieran volver a un sistema comunista, un 12 por 100 vería con buenos ojos un régimen militar y un 10 por 100 desearía la vuelta del zarismo. Todas estas cifras son armas de dos filos. Pero cuando se habla de Rusia hay que tener en cuenta las peculiares incertidumbres que plantea este país y no hace mucho comentamos en estas páginas (v. RAZÓN Y FE, marzo 1966).

¿Se siente europeo?

LA viabilidad de la democracia en Europa Oriental está condicionada a la cualificación de los distintos partidos políticos para la tarea. Esta tarea no es difícil ni fácil (depende de cada situación concreta), pero se apoya más en una intuición que en un recetario político. La democracia no tiene límites muy definidos. Por eso, más útil que un minucioso análisis es la pregunta con que encabezamos esta consideración final. A cada país y a cada ciudadano habría que preguntarle —en razón del modelo interno de sociedad que desea— si, y en qué medida, **se siente europeo.** Es la que se puede hacer a cualquier habitante de todo el Este europeo y de la que dependen las tendencias actuales anteriormente descritas. La mayoría contestará que sí, y coincidirá con esa tesitura social en la que la

democracia, aunque sea a trancas y barrancas, se va consolidando. Casi todos estos pueblos aspiran con impaciencia a entrar en la Unión Europea y con deseo defensivo, también en la OTAN.

SÓLO Rusia responderá negativamente en su mayoría. Pero aun así, el mero pluralismo está ya demasiado extendido como para que se renuncie a él. Sólo respecto de Rusia cabe alguna posibilidad de dar viabilidad a un partido explícitamente comunista. Pero ¿cuánto de «rojo»?

*No confundamos los vaivenes políticos producidos por diversos malestares del electorado con una resurrección de las ideologías que tiñeron de **rojo-sangre** la ancestral alegría de la «**Rossiya**».*